

EL TEMA ESENCIAL DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA *

1) AMÉRICA, TEMA FUNDAMENTAL

Decir que América es el tema por excelencia en la obra de Pedro Henríquez Ureña es decir una de esas verdades que se imponen de manera rotunda. Tal es la abundancia de los testimonios, tanto el peso de las pruebas, que no hay ningún reparo en admitir esa afirmación.

Una vez asentado esto, cabe también la fácil corroboración de que no es América el único tema de Pedro Henríquez Ureña. Que, en orden previsible, se escalonan otros: España y, en general, aspectos universales de notoria solidez, con ciertos sectores más perceptibles que otros (sociología; música, métrica; literaturas de lengua inglesa). A veces, con épocas de dedicación predominantes...

Volvamos al motivo de América. En otra perspectiva o plano, conviene analizar, a su vez, la parte o partes del tema. Por supuesto, nombrar a América es nombrar no sólo un continente sino también un concepto de enorme, monstruoso contenido. De tal manera, siempre se corre el peligro de abarcar demasiado poco.

Los intereses principales que acuciaron el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña fueron, sobre todo, los culturales. Y, dentro de la amplitud que tiene igualmente el fenómeno cultural, su base, de notable extensión y admirable fluidez, se concentró en disciplinas particulares: la lengua, la literatura, la música. Pero también es justo agregar que, en él, la filosofía, la sociología, la historia, la política, las artes plásticas, las cien-

* Anticipo de un libro sobre Pedro Henríquez Ureña.

cias naturales, fueron algo más que complementos o simples sostenes.

Otra consideración, que es justo hacer, apunta hacia el sector más corriente de los estudios. En efecto, lo normal es que, precisamente como una consecuencia de lo difícil que resulta pretender abarcar tantas tierras y pueblos, el crítico, el investigador, se centran a menudo en un sector, un país, una región. Y, en forma más ambiciosa, en una de las vastas divisiones que determinan lenguas y culturas: el norte, el sur; la América inglesa, la América hispánica...

No podemos apartar del todo a Pedro Henríquez Ureña de esta situación. Sin embargo, pocos como él tuvieron un dominio tan llamativo de *todo* el continente. Dominio apoyado, como veremos, en multitud de rasgos y trasuntado en variedad sorprendente de escritos.

De la misma manera, si bien es cierto que Pedro Henríquez Ureña se apoya con más vigor en determinadas áreas de conocimientos (en primer lugar, repito, la lengua y la literatura), también nos sorprende con una versación poco corriente de otras disciplinas. En algunas de ellas fue mucho más allá de la pura información. Lo que conviene agregar es que el rigor fue característica general de su obra y, por lo tanto, frente a él estamos ya lejos de un perfil de "sabio" que se dio con bastante frecuencia en nuestras tierras: el del enciclopedista vacío, en el que la variedad de campos fue con frecuencia el disfraz de la improvisación y la falta de conocimientos.

Por la importancia que tiene la literatura en su concepción de la cultura, podemos pensar, en ocasiones, que Pedro Henríquez Ureña remoja la antigua idea de Herder¹. No es

¹ Aunque estemos hoy algo lejos de las reflexiones del humanista alemán, no está de más recordar sus renovadores conceptos y, no menos, su particular difusión en la América hispánica, durante el siglo XIX. No cabe duda de que sus ideas ayudaban. Herder tuvo sin duda que ver con ciertas bases historicistas, relaciones entre el hombre y el medio, el hombre y el clima, visibles en escritores hispanoamericanos del pasado siglo. Agreguemos, la poesía como eje de la historia (menos, sus referencias a las "voces de los pueblos").

VER RAIMUNDO LIDA, *Sarmiento y Herder (en Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, California, 1940, págs.*

exactamente así, pero algún vestigio queda. A su vez, esta dimensión concedida al fenómeno literario no fue una fácil consecuencia de pensar que lo que predomina o conoce mejor es, sólo por eso, el centro del mundo. Nos convence, en cambio, de que su dominio de la materia literaria, en adecuada y armónica relación con otras manifestaciones culturales, es base insustituible para el mejor conocimiento del continente.

Como hoy estamos bastante lejos del enciclopedista tipo siglo XVIII, resulta obvio defender a Pedro Henríquez Ureña de ese rótulo. Dentro de una tendencia que tiende cada vez más a la especialización, a dividir los sectores de estudios en zonas muy limitadas, don Pedro aparece, más bien, como espécimen intermedio. Mejor dicho: la investigación, el ahondamiento, no fueron en él impedimentos para el saber y exposición en amplitud.

Pedro Henríquez Ureña combatió la improvisación, la falta de esfuerzo sistemático, la falta de rigor, cuando se refirió, en varias ocasiones, a los "males" de nuestra América, y sin discriminar zonas o sectores. Él, por su parte, sobresalió en las dos direcciones nítidas que notamos en su obra: el trabajo de investigación, especializado, y la obra general, divulgadora. Su bibliografía no se comprende bien si no abarca sus grandes síntesis, libros donde el vuelo panorámico no significa, necesariamente, superficialidad ni suma de lugares comunes. En fin, por ese camino llegamos a la verdadera dimensión que tuvo Pedro Henríquez Ureña y que, desde temprano, se le aplicó: la de "Humanista", auténtico humanista, de acuerdo con una concepción que, para nosotros, cambia algo, pero no mucho, la que se aplica al humanista clásico².

155-171); Universidad Nacional de Buenos Aires, *Vico y Herder* (Buenos Aires, 1948); y mi libro *El Romanticismo en la América Hispánica* (I, ed. de Madrid, 1975, págs. 149-150).

² Cf. con mi estudio *Hacia un humanismo hispanoamericano* (separata de *Thesaurus*, XX, Bogotá, 1965) donde tomo como ejemplos a Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Con elementos comunes y, también, con diferencias que pueden marcar dos direcciones (no muy separadas, claro): con regusto clasicista en Alfonso Reyes; con mayor persistencia de lo moderno (y aun con contactos sociales) en Henríquez Ureña.

Por último, aunque resulte ya redundante destacarlo, el convencimiento de que la profundización de lo americano es posible no sólo a través de lo propio o lo observado en estas tierras, sino también a través de un adecuado enlace universalista, contrastador o complementador. La obra de don Pedro da altas pruebas de esa característica importante.

2) LAS FUNDAMENTACIONES

Conociendo, como hoy conocemos, la vida de Pedro Henríquez Ureña, se impone como consecuencia casi inapelable el hecho de que esa vida, al desarrollarse en variedad de escenarios americanos, llevaba en sí, implícito, el tema fundamental de su obra. Por supuesto, tal consecuencia lo es sólo en parte. Muchos otros hombres tuvieron, como él, tanta o mayor multiplicidad de residencias continentales. Aún más, hasta podemos sostener que si don Pedro vivió en diversos países de América a lo largo de su vida (países, eso sí, con diferencias notorias de espíritu), no fue dicha causa motivo suficiente como para determinar, sin más ni más, la dirección que estamos subrayando.

Vayamos por partes. En primer término, los lugares que destaca su conocido itinerario — Santo Domingo, México, Estados Unidos, Cuba, Argentina — fueron residencias no trazadas, como, por ejemplo, traza un turista sus viajes. La hoy, en general, bastante completa biografía de don Pedro³ nos muestra de sobra que, en su mayor parte, la instalación en un determinado país obedece, primero, a viajes de sus padres; después, a estudios y, sobre todo, a la necesidad de ganarse el sustento.

Lo que, en realidad, debe importarnos es el hecho de que Pedro Henríquez Ureña sacó de la variedad de escenarios una

³ Cf., en especial, con aportes de Max Henríquez Ureña (sobre todo, primeros años, iniciación literaria, etc.), Emilio Rodríguez Demorizi (PHU y Santo Domingo), Alfonso Reyes (diversas noticias sobre don Pedro), Alfredo A. Roggiano (PHU y los Estados Unidos), Rafael Alberto Arrieta (sobre la llegada de PHU a la Argentina)...

experiencia invalorable. Base capital (no única, claro) para captar como corresponde acentos propios y diferencias.

No está de más, aquí, un ejemplo revelador. Todos conocemos y admiramos el tributo que significó el *Ariel* de Rodó. El escritor uruguayo — es sabido — no estuvo en los Estados Unidos, y tal ausencia no excluye rasgos acertados en la pintura de ese pueblo. Después de todo, también, lo que pretendía Rodó era analizar el fenómeno de la expansión e influencia del país del norte en los países del sur del continente. Con todo, cabía la posibilidad (tal como, precisamente, el propio don Pedro señaló en indirectos, pero lúcidos párrafos)⁴, cabía la posibilidad, repito, de que un conocimiento concreto de los Estados Unidos muy posiblemente le hubiera dado mejores apoyos de sustentación, sin necesidad — ¡por descontado! — de que Rodó cambiara la tesis fundamental de su libro.

Lo que debemos destacar, pues, es el fruto que Pedro Henríquez Ureña sacó de esa variedad de escenarios que dan fondo a su vida. Con la ventaja de que sus residencias tuvieron duración suficiente como para permitirle deducciones válidas (señalemos, como contraste, la abundancia de aprovechados “viajeros” que después de estar una semana en un lugar se atreven a escribir ambiciosos libros...).

Así, es muy posible que esta sucesión de países que desfilan por su vida (importante, aunque no excepcional) haya ido determinando en él la idea del tema capital de su obra. Tema que va ganando nuevas vetas de enriquecimiento y de útil comparación con cada latitud geográfica. Es muy posible. Lo que resulta lícito agregar ahora es que la experiencia viva fue acompañada, como correspondía, con la ayuda indispensable de la información, particularmente bibliográfica, y con el sosten inequívoco de reflexiones sobre los rasgos observados y sobre los problemas captados y por resolver.

⁴ Cf. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Ariel*, IV (en *Ensayos críticos*, La Habana, 1905), donde don Pedro reconoce algunos de los “males” que Rodó señala en los Estados Unidos, pero también, por encima de tendencias “prácticas”, advierte metas de bien moral y de mejoramiento social. En síntesis, lo que nota Pedro Henríquez Ureña es la pugna de corrientes extremas. Orgullo, agresión, corrupción, utilitarismo, por un lado. Por otro: idealismo, elevación moral e intelectual.

A propósito de la información conviene también decir que don Pedro trabajó en zonas espaciales y bibliográficas donde no siempre abundan las buenas referencias y donde, por lo tanto, es necesario comenzar “desde abajo”, para fijar de ese modo puntos de partida valaderos. En más de un aspecto (y sin que tengamos que exagerar el paralelismo) Pedro Henríquez Ureña nos recuerda la labor de Menéndez y Pelayo al trabajar en sectores donde estaba casi todo por hacer, o donde lo que estaba hecho debía revisarse convenientemente. Reitero que el caso no es igual, aunque no dejo de notar cierta aproximación, subrayada por el respeto que siempre sintió Pedro Henríquez Ureña hacia don Marcelino⁵.

Me parece adecuado destacar en este sitio una virtud de nuestro hombre, que no todos han captado como se merece: la del divulgador, con méritos que limpian de asperezas el nombre común. De sobra sabemos que una doble dirección aparece desde temprano en sus escritos: por un lado, la labor de investigación, erudita, de acarreo de datos, de aportes documentales, de deducciones y tesis novedosas, labor realizada con buenas armas y reflejada en obras importantes (particularmente, en libros sobre la lengua, las letras, la métrica). Por otro lado, la labor de divulgación (patente en “cuadros” y “tablas”, panoramas, antologías, ediciones), que fue en él complemento indispensable de sus trabajos más ambiciosos. Bien conocemos que no todos los “sabios” están dispuestos a ofrendar su tiempo a tales tareas y, por el contrario, las desdeñan o postergan.

Reparando, de nuevo, en la obra de Pedro Henríquez Ureña, corresponde recordar, una vez más, bondades de sus vastas

⁵ Por eso, sin duda, y por su espíritu de justicia, Pedro Henríquez Ureña insistió más de una vez en sus elogios a don Marcelino. No tanto para sostener la vigencia de sus obras (ya envejecidas en diversos aspectos) sino para defenderlo de juicios retaceadores que olvidaban las circunstancias en que trabajó Menéndez y Pelayo y en lo que aún tenía permanencia de él... (ver, entre otras páginas, PHU, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, pág. 39. Allí nos dice que, sin haber escrito Menéndez y Pelayo una *Historia de la literatura española*, con sus obras completas puede reconstruirse una buena historia, no completa —dentro de lo relativo—, pero sí con abundancia de datos nuevos, originales de acuerdo con el estado de la crítica de la época).

síntesis, que son, en mucho, el natural deseo de poner al alcance de un público vasto, no especializado, materias o muy amplias, o muy complejas o mal conocidas. En fin, hay en la doble dirección que señalamos un explicable “contrapunto” ya que las dos direcciones tienen un nacimiento casi coetáneo, si bien aceptamos que la labor popular, de divulgación, es en buena medida, como corresponde, consecuencia del trabajo erudito. Si algunas veces se equivocó, o no resultan muy convincentes sus explicaciones, podemos responder que es difícil, casi imposible, escapar a ese riesgo en disciplinas como las que cultivó, muy expuestas a las acechanzas. Lo que debe importarnos, en cambio, es el caudal extraordinariamente rico que corre por sus páginas.

3) LOS TESTIMONIOS

Teniendo en cuenta que Pedro Henríquez Ureña nació en 1884, es fácil mostrar que su preocupación americana surge tempranamente, casi con los primeros datos de su bibliografía. En rigor, comienza ésta con una serie de poesías juveniles y, dentro de ellas, el primer título, el poema *Minisintinca*, de 1894, ya está revelando, a través de la fecha, su relativo valor. No conviene medir, con mucha severidad, por razones obvias, este primer trecho de su producción (el propio autor, por otra parte, no concedió a estos frutos tempranos mayor significación). El registro de sus obras primerizas debe completarse, en otra dirección, con algunas traducciones de poetas franceses (Lamartine, Sully-Prudhomme).

Así, pues, aunque tampoco supere mucho el carácter de correteo inicial, la labor ensayístico-crítica de Pedro Henríquez Ureña comienza, en rigor, pocos años después, en 1900, con su *Crónica*, un homenaje al poeta dominicano José Joaquín Pérez, poeta hacia quien don Pedro mantuvo durante toda su vida especial estimación (el trabajo se publicó como obra anónima, en la *Revista Ilustrada*, de Santo Domingo, el 15 de julio de ese año). Precisamente, el año 1900 muestra el debilitamiento de su inicial labor lírica y el afianzamiento de la labor crítica a través de diversas crónicas, reseñas e impresiones;

en particular sobre obras dramáticas. Merece recordarse el comentario que escribió acerca del drama de Ibsen, *Juan Gabriel Borkman*, a fines de ese año (y publicado en las *Nuevas Páginas*, de Santo Domingo, el 15 de diciembre) porque, aunque escape a las líneas que aquí perseguimos, pone de relieve, igualmente, otra de las grandes admiraciones de Pedro Henríquez Ureña, admiración mantenida a lo largo del tiempo, y sin que sea necesario, por eso, acercar la figura de José Joaquín Pérez a la de Ibsen.

Reiteramos, de este modo, la significación del año 1900 como hito inicial de una dedicación que no hará sino afirmarse con el correr del tiempo. Como sería redundante que yo me refiriera en detalle a su bibliografía americanista conocida, me parece que el método más apropiado consistirá en citar títulos importantes o valederos (por uno u otro motivo), particularmente libros, para fijar con ellos las etapas esenciales de su trayectoria. Por otra parte, trayectoria continuada. En efecto, como abarca desde 1900 hasta 1946 o 1947 (para permitir la inclusión de una importante obra póstuma) el itinerario comprende casi cincuenta años de un auténtico magisterio de americanismo.

Vayamos, ahora, a los nombres principales, representados muchas veces, como digo, por libros que en buena medida recogieron artículos o partes publicadas con anterioridad en diarios y revistas. De ese modo, también, y a través del autor, se subraya una mayor significación, aunque no debe tomarse esto como una verdad absoluta.

El primer libro en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña es *Ensayos críticos* (La Habana, 1905). Recoge en él material literario, musical y sociológico. Hay allí alternancia de artículos con tema americano y extranjero, e importa destacar la presencia de su comentario sobre el *Ariel* de Rodó, de sus artículos sobre José Joaquín Pérez y sobre las *Tendencias de la poesía cubana*, de sus tributos sobre Rubén Darío y sobre las ideas sociológicas de *Hostos* y *Lluria*. Como vemos (y como su labor periodística ya lo anunciaba), la presencia

americana es firme. Conviene ponerla de relieve en este libro inaugural de Pedro Henríquez Ureña.

El segundo libro — *Horas de estudio* — se publicó en París (1910, en las reconocibles y entonces difundidas ediciones Ollendorff). De nuevo, alternancias: “cuestiones filosóficas” y cuestiones literarias, sobre todo. Y, de nuevo, el tema americano que se detiene especialmente en su país (“De mi patria”: José Joaquín Pérez, Gastón F. Deligne, y otros). En otros sectores: Hostos, Darío y Barrera. Y de ese mismo año es la contribución de Pedro Henríquez Ureña a la importante *Antología del Centenario*, en México (junto a la colaboración de Luis G. Urbina y Nicolás Rangel), labor que don Pedro solía recordar siempre con no encubierto orgullo. Agregó, aparte y como insistencia fecunda, su disertación sobre *La obra de José Enrique Rodó*, pronunciada en el Ateneo de la Juventud, de México.

De 1913-1914 separo sus aportes acerca de los *Romances en América* (en *Cuba Contemporánea*, de La Habana, noviembre-diciembre de 1913, y, después, en *La Lectura*, de Madrid, enero-febrero de 1914) y, sobre todo, su conferencia de 1913, en la Librería General de México, acerca de *Don Juan Ruiz de Alarcón*, con su revolucionaria tesis del “mexicanismo” del dramaturgo. Sobre ella volvió posteriormente en otras ocasiones, aunque no nos dio en definitiva (por lo menos, eso creo yo) el estudio total que la tesis merecía⁶.

* Escribió Pedro Henríquez Ureña en 1936:

« He tratado extensamente el tema en *Don Juan Ruiz de Alarcón*, México, 1913, segunda edición, La Habana, 1915; reimpresa sin notas en mi *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928. Consúltese además el prólogo de Alfonso Reyes en su edición de *Comedias de Alarcón* (Clásicos “La Lectura”). En su libro sobre Lope, José Bergamín llama a Alarcón tres veces *intruso* y una vez *mexicano*: es, dicha con mal humor, la diferencia que siempre se observó entre Alarcón y los dramaturgos españoles europeos, desde Juan Pérez de Montalván hasta Ferdinand Wolf. Véase también Dorothy Schons, *The Mexican background of Alarcón*, en *PMLA*, 57, 1942, págs. 69-104 » (PEDRO HENRÍQUEZ URUEÑA, *El teatro de la América española en la época colonial*, en INET, *Cuadernos de cultura teatral*, 3, Buenos Aires, 1936).

Sobre la tesis de Pedro Henríquez Ureña volveré después.

De 1922-1923 separo, como ejemplo también de la labor periodística de don Pedro en varios años, sus *Puntos* de una conferencia y el artículo titulado *La doctrina peligrosa* (centrada, como es fácil adivinar, en la *Doctrina Monroe*). Siquiera como muestra de una relativamente nutrida producción de don Pedro vinculada al tema de la expansión de los Estados Unidos en el Caribe y, de manera especial, al problema de Santo Domingo. Se trata de una producción firmada en buena parte con el seudónimo de "E. P. Garduño" y que se extiende a lo largo de varios años: concretamente, a partir de 1915⁷.

De 1925, el estudio sobre *El supuesto andalucismo de América* (en *Cuadernos del Instituto de Filología*, I, núm. 2, Buenos Aires, págs. 117-122; ver también B. D. H., Anejo 1, Buenos Aires, 1937), estudio en que Pedro Henríquez Ureña procura dar nuevos fundamentos a ideas de Rufino J. Cuervo y que, en general, la crítica más reciente no acepta. Sobre esto volveré después⁸.

De 1925 es, igualmente, su artículo sobre *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México* (publicado en la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, I, 1925), con datos importantes acerca de la cultura mexicana a comienzos del siglo y con referencias personales que repiten corrientemente las biografías de nuestro hombre.

⁷ Ver, sobre todo, ALFREDO A. ROGGIANO, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, 1961, págs. 200-203.

⁸ Hacia 1926-1928, Pedro Henríquez Ureña escribía:

« El andalucismo de América es una fábrica de poco fundamento, de tiempo atrás derribada por Cuervo ». Y en nota:

« A las pruebas y razones que adujo Cuervo en su artículo *El castellano en América*, del *Bulletin Hispanique* (Burdeos, 1901), he agregado otras en dos trabajos míos: *Observaciones sobre el español en América*, en la *Revista de Filología Española* (Madrid, 1921), y *El supuesto andalucismo de América*, en las publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1925 » (PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, ed. citada, pág. 42).

Ver, ahora, el replanteo que hace del problema del andalucismo GUILLERMO GUITARTE en su estudio *Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo en América* (en *Vox Romanica*, XVII, 2, 1958, págs. 363-416). En fin, quiero anticipar que de este problema (conjuntamente con el referido al "mexicanismo" de Alarcón) me ocupo en un estudio especial. El tema lo requiere.

En años posteriores (sin impedir, por ello, la incorporación de algunas páginas anteriores) una serie valiosa de artículos que, finalmente, el autor reunió en uno de sus libros capitales, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), obra que afirma, de manera definitiva, el prestigio de Pedro Henríquez Ureña en el Río de la Plata a través de la seriedad y fundamentos con que, sobre todo, se encara el problema del americanismo literario. De acuerdo con lo dicho, no es necesario insistir tanto en la composición del libro, en las partes que comprende, como en la originalidad del "americanismo expresivo" que defienden los primeros ensayos del libro. Insisto, pues: obra básica de Pedro Henríquez Ureña, con sello, proyecciones y ramificaciones que acompañarán ya definitivamente buena parte de sus escritos hasta el final de su vida. Ratifico esto con un solo dato sugestivo: basta recordar que las famosas conferencias que pronunció en la Cátedra Charles Elliot Norton, en Harvard, años 1940-1941, las pronunció con el anuncio-título de *In a search of expression: Literary and artistic currents in Hispanic America*, que después se comprimó en un libro — como sabemos —, en el de *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, Massachusetts, 1945).

Después de 1928, y como reflejo de su importante etapa argentina, son muchos los títulos que debemos recordar. Enumero algunos, y su abundancia de ninguna manera puede considerarse exagerada:

- *Observaciones sobre el español de América* (en la *R. F. E.*, XVIII, Madrid, 1931).
- *Clásicos de América. I. Juan Ruiz de Alarcón* (en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, I, 1, 1931, págs. 25-37).
- *Clásicos de América. II. Sor Juana Inés de la Cruz* (*Ibid.*, I, 2, 1931, págs. 227-249).
- *Observaciones sobre el español de México* (en la revista *Investigaciones Lingüísticas*, México, II, 1934, págs. 188-194).
- *Ciudadano de América* (se refiere a Eugenio María Hostos. En *La Nación*, de Buenos Aires, 28 de abril de 1935).

- *Erasmistas en el Nuevo Mundo* (en *La Nación*, 8 de diciembre de 1935; reproducido en otras publicaciones).
- *El Maestro de Cuba* (se refiere a Varona. En *La Nación*, 15 de marzo de 1936; reproducido en otras publicaciones).
- *La América Española y su originalidad* (en *La Nación*, 27 de septiembre de 1936).
- *El teatro de la América Española en la época colonial* (en *Cuadernos de Cultura Teatral*, Buenos Aires, núm. 3, págs. 9-50).
- *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (B. D. H., Buenos Aires, 1936. Obra de impresión muy defectuosa. Ver la edición, mejorada, que publicó Emma Susana Speratti Piñero en la *Obra crítica* de Pedro Henríquez Ureña, México, 1960, págs. 331-444. Agregó que la cantidad impresionante de notas — y nuevas notas — obliga a sospechar que el autor tenía la idea de reescribir esta obra y que la muerte se lo impidió).
- *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América* (B. D. H., Anejo 1, Buenos Aires, 1937).
- *Vida espiritual en Hispanoamérica* (en Pen Club, *Europa-América Latina*, Buenos Aires, 1937).
- *Bibliografía de la literatura en la América Española* (en el *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*, Buenos Aires, 1937-1943).
- *Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas* (B. D. H., Anejo 3, Buenos Aires, 1938).
- Estudio y notas a *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* (estudios de Hills, Semeleder, Carroll Marden, Revilla, Nykl, Lentzner, Gagini y Cervo). B. D. H., 4, Buenos Aires, 1938.
- *Barroco de América* (en *La Nación* de Buenos Aires, 23 de junio de 1940).
- *El español en Santo Domingo* (B. D. H., 5, Buenos Aires, 1940).

- *Debates sobre temas sociológicos. ¿Tienen las Américas una historia común?* (en la revista *Sur*, Buenos Aires, noviembre de 1941, págs. 83-103).
- *Influencia del Descubrimiento en la literatura* (Coloquio sobre el Descubrimiento de América, organizado por la Institución Cultural Española de Buenos Aires. En la revista *Sur*, núm. 98, Buenos Aires, noviembre de 1942, págs. 11-15).
- *La literatura en los periódicos argentinos* (en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tercera época, II, III, y IV, Buenos Aires, 1944-1946. Trabajo de miembros del Círculo "Arnoldo C. Crivelli", bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña. Colaboraron Dora Guimpel, María Muñoz Guilmart y Sara Jaroslavsky).
- *Perfil de Sarmiento* (en *Cuadernos Americanos*, de México, año IV, núm. 5, 1945, págs. 199-206).
La copiosa lista se cierra con dos obras muy conocidas, obras de sedimentación y síntesis que, con mucho de simbolismo, clausuran los títulos fundamentales de la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña:
- *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, Mass., 1945); y, ya como obra póstuma, la
- *Historia de la Cultura en la América Hispánica* (México, 1947).

(Estos datos pueden completarse con la mención de la traducción de las *Literary Currents*... con el título de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, labor de Joaquín Díez-Canedo, que apareció en México, en 1949).

Como hemos visto, el itinerario resultó largo, pero singularmente fecundo. Si bien no hemos pasado de una enumeración de títulos, la vigencia que aún mantienen muchos de esos trabajos es cabal demostración no sólo de una persistencia temática (aquí, los nombres bastan) sino de una utilidad que los estudiosos valoran debidamente. No olvidemos que en regiones como las frecuentadas por Pedro Henríquez Ureña las

investigaciones y estudios suelen envejecer con rapidez. Por eso, también, si no todo lo que don Pedro escribió mantiene lozanía (pedir eso sería pedir milagros), sí la tiene una apreciable cantidad de sus páginas.

EMILIO CARILLA

University of California.